



LA NINEZ

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

P. MANUEL OSSORIO Y BERNARD

TOMO IV

(Julio á Diciembre de 1880.)



MADRID

IMPRENTA DE MORENO Y ROJAS

10 — ISABEL LA CATÓLICA — 10

1880

Complete

LA NINEZ

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

P. MANUEL OSSORIO Y BERNARD

TOMO IV

(Julio á Diciembre de 1880.)



MADRID

IMPRENTA DE MORENO Y ROJAS

10 — ISABEL LA CATÓLICA — 10

1880

REVISTA DE EDUCACION Y RIKCHIO

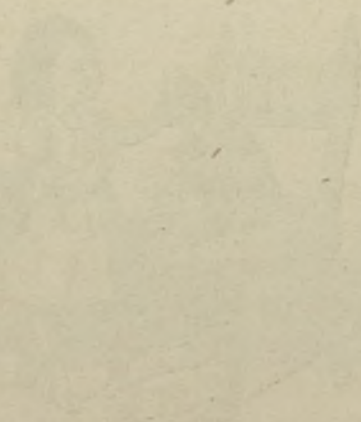
REVISTA DE EDUCACION Y RIKCHIO

REVISTA DE EDUCACION Y RIKCHIO

REVISTA DE EDUCACION Y RIKCHIO

REVISTA DE EDUCACION Y RIKCHIO

REVISTA DE EDUCACION Y RIKCHIO



REVISTA DE EDUCACION Y RIKCHIO

REVISTA DE EDUCACION Y RIKCHIO



P. JOSÉ DE ARCE BODEGA.

En números anteriores de LA NIÑEZ hemos consagrado diferentes trabajos á los hombres que, como Pestalozzi, Froebel y Montesiños, tanto han contribuido al mejoramiento de la primera enseñanza. Al inaugurar hoy el tomo IV de nuestra modesta publicacion, nada nos parece más oportuno que consagrar otro recuerdo, breve como necesita serlo en nuestras páginas, pero cariñoso como lo exige la persona á quien se dirige, por los incesantes esfuerzos que hizo en pro de la enseñanza y por los fecundos frutos de su laboriosa existencia, al difunto Inspector general Arce Bodega, de grata é imperecedera memoria.

D. José de Arce Bodega nació en Bárcena, provincia de Santander, en 19 de Noviembre de 1814;

hizo sus estudios con el sabio sacerdote D. José Antonio Rasines, y en 1834 fué examinado y aprobado para profesor de latinidad y de primera educacion. Contando sólo diez y nueve años de edad, se encargó de la escuela de Santa Cruz de Iguña, y poco más tarde de una ayudantía en Santander; y en 1836 estableció á sus expensas, en su pueblo natal, una escuela, siendo tales los progresos de sus alumnos, que el Ayuntamiento adoptó por suya la escuela, dotándola con 200 ducados, y confirmando en la direccion de la misma al maestro *que no habia reparado en desinteresados sacrificios para sostenerla*. Por aquel tiempo publicó tambien su excelente *Compendio de ortografía castellana*. Estos títulos fueron tenidos en cuenta por la provincia de

Santander para nombrarle alumno de la Escuela Normal, Seminario central de Maestros, en la que ingresó en 1839.

La brillantez con que siguió y terminó su carrera, así como la de Profesor de agrimensura, y con que cursó otras asignaturas científicas, justifica la eleccion de su provincia y el afan de saber que siempre distinguió al Sr. Arce. Desempeñó más tarde la cátedra de aritmética y álgebra de la Escuela Normal y el honorífico cargo de Inspector de la misma Escuela; fué nombrado Inspector de las escuelas de su provincia, desempeñando aquel encargo con el celo que demuestra la muy notable *Memoria* en que reseñó su visita; formó, por encargo de la Comision provincial, las bases para el establecimiento de la Escuela Normal de Santander; desempeñó en 1844 la plaza de Secretario de la Junta de Instruccion pública de la misma provincia, y en Noviembre del mismo año fué nombrado Director de la Escuela Normal, teniendo á los tres meses la satisfaccion de que el Jefe político y la Comision provincial quedasen sorprendidos de la perfeccion á que había llegado la Escuela en tan corto período, y prosiguiendo sin descanso y con igual empeño en aquel cargo hasta 1849.

En este año fué nombrado Inspector general de primera ense-

ñanza, cargo que desempeñó hasta 1867, prestando en él importantísimos servicios, formando parte de los tribunales de exámen de reválida de la Escuela Normal central y de oposiciones á cátedras de las Escuelas Normales del reino, y director del curso especial para maestras de primera enseñanza pública de Madrid, Vocal de la comision revisora de obras de texto y consultor de la Direccion general acerca de las mismas. En 1853 fundó y dirigió un periódico de primera enseñanza titulado *El Preceptor*, que logró largos años de vida y muy justo crédito.

Suprimida en los presupuestos de 1867-68 la partida consignada para la Inspeccion general, fué nombrado el Sr. Arce profesor en comision de la Escuela Normal, de cuyo cargo fué tambien desposeido al ocurrir la revolucion de 1868. Retirado á Santander y reducido á la exígua pension á que le daban derecho legal treinta y cuatro años de excelentes servicios, vió llegar el término de su vida en 8 de Agosto de 1878.

El Excmo. Ayuntamiento de Santander ha titulado de *Arce Bodega* una de las calles nuevas de la poblacion, y ha cedido gratuitamente y á perpetuidad á la familia del mismo el terreno necesario para levantar un monumento á su memoria sobre su sepultura en el ce-

menterio de aquella ciudad, en que tantos servicios prestó á la enseñanza pública.

La biografía del Sr. Arce no encierra, como se ve, páginas salien-

tes, como las que caracterizan á los grandes conquistadores; pero en cambio ofrecen una existencia, no larga por desgracia, consagrada por entero á la enseñanza de la ni-



DON JOSÉ DE ARCE BODEGA.

ñez, oscuro pero sólido cimiento de la ventura de los pueblos. Por esto su recuerdo debe perpetuarse entre los niños; por esto debe pronunciarse su nombre con veneración y respeto; y por esto nosotros, cre-

yendo cumplir uno de los fines preferentes que al fundar LA NIÑEZ nos propusimos, le consagramos los desaliñados párrafos que anteceden.

O. Y B.

EL JOROBADO Y EL BURLON.

Iba un pobre corcovado
 Por la calle, y un burlon,
 Hombre de mal corazon,
 Al verle marchar doblado
 Bajo el excesivo peso
 De su disforme corcova:
 —Dime,—le gritó,—*joroba*,
 ¿Adónde marchas con eso?
 Y éste al oirle, con calma
 Replicóle:—Hízonos Dios
 Jorobados á los dos,
 Yo del cuerpo, tú del alma:
 Ambos marchamos cargados

Igualmente por la tierra;
 Yo con mi joroba en guerra,
 Tú con tus muchos pecados.
 Y, de seguro, á mi encuentro
 No hablaras de esa manera,
 Si al mirarme á mí por fuera
 Te hubieras visto por dentro.
*¡Cuántos hay como el burlon
 Que de otros no se mofaran
 Si antes de hacerlo fijaran
 La vista en su corazon!*

VENTURA MAYORGA.

DE PEZ Á REPTIL.

Al pasar por la orilla de un arroyo, al encontraros junto á un cenagoso charco, al ir á beber el agua fresca de cristalina fuente, ¿no os habeis fijado alguna vez en ese lindo y ligero animal de verdosa espalda y blanquecino vientre, que al oir el ruido de vuestros pasos corre á precipitarse en el agua y se esconde entre el cieno de su fondo? ¿No os ha arrancado su sólo aspecto un pequeño grito de terror? ¿No habeis apartado de él la vista con asco?

Si lo habeis hecho, vuestro asco y vuestro terror han sido bien poco fundados, puesto que la *rana*, que tal es el animal á que me refiero, no sólo tiene un cuerpo muy lindo y esbelto para todo el que la mira

sin prevencion, sino que es completamente inofensiva y en alto grado útil á la agricultura por el gran número de insectos que destruye.

Que al levantar un canto situado en algun punto cenagoso ó al ir á coger una flor en algun sitio húmedo os encontrarais con un sapo y huyerais de él con horror, no me extrañaria, pues el cuerpo negruzco, hinchado y berrugoso de este animal es verdaderamente repugnante, por más que sea primo hermano de la rana y que como ésta sea un verdadero auxiliar del agricultor por los muchos insectos y limazas que destruye.

¡El sapo! ¡la rana! Ved ahí, mis queridos niños, dos representantes de una extraña familia que tengo

el honor de presentaros, y con los cuales deseo haceros entablar más íntimas relaciones de las que hasta hoy habeis tenido; pero para eso es preciso que me escuchéis silenciosamente.

Aprovechemos la ocasion de encontrarnos en el campo, y acerquémonos despacito á la orilla de aquel estanque. Las cañas y eneas que crecen á su alrededor favorecen nuestro intento. Ocultémonos entre ellas y observemos.

¿Veis esa multitud de renacuajos que cruzan el agua en todas direcciones? ¿Creeríais nunca que hubiesen de llegar á transformarse en otras tantas ranas en un todo parecidas á aquella que toma perezosamente el sol junto á una mata de juncos en la opuesta orilla?

Vuestra incredulidad no me extraña, amigos míos, pues por más que uno lo examine nada se encuentra de comun entre el renacuajo y la rana que le ha dado el sér. Pero esto no quita que toda rana pase por el estado de renacuajo ántes de llegar á ser tal como la vemos. El estudio de la naturaleza, al que no dudo os ireis aficionando, nos ofrece no pocas sorpresas como esa.

¿De qué modo llega ese animal de enorme cabeza, sin ojos, porque el renacuajo en sus primeros tiempos es ciego, teniendo por toda boca un pequeño agujero, sin patas y provisto de una cola tan despropor-

cionada; cómo llega,—digo,—á transformarse en otro animal de boca y ojos desmesurados, provisto de cuatro patas y completamente exento de cola? ¿Cuáles son las metamorfosis que sufre para pasar de un estado á otro?

Eso es lo que podremos ver desde aquí mismo, sin otro esfuerzo que el de concentrar nuestra atencion en la superficie de este estanque, en cuyas aguas encontraremos suficientes renacuajos en diversos estados de desarrollo para poder ir siguiendo paso á paso todas sus transformaciones.

Pero ántes permitidme haceros observar que el renacuajo es un pez y vive la vida de los peces, ántes de transformarse en rana y vivir la vida de los reptiles, es decir, ántes de subir un grado en la escala del reino animal.

¿Veis esas pequeñas cuentas engarzadas en un hilo, y formando como trozos de un rosario, que flotan encima del agua? Pues esas cuentas no son otra cosa que los huevos de donde han de salir los renacuajos; y no os extrañe la profusion que de ellas hay en las aguas de ese estanque, porque cada rana pone la friolera de seiscientos á mil doscientos huevos al año.

Esas bolas negras ó grises que veis sueltas y en tanta abundancia, son otros tantos embriones de renacuajo.

Al poco tiempo, esas bolas empiezan á adornarse con una pequeña cola que se va alargando poco á poco, hasta adquirir su completo desarrollo. Entónces esta cola tiene, cuando ménos, la longitud del cuerpo del renacuajo y está comprimida lateralmente. Su boca, que en un principio no es más que un diminuto agujero, se va haciendo cada vez mayor, y sus labios se cubren de una materia córnea, formando una especie de pico, gracias al cual puede triturar las hierbas acuáticas de que se alimenta; pues habeis de saber que, así como la rana es insectívora, el renacuajo es herbívoro. Sus ojos van apareciendo paulatinamente al través de la piel que cubre su cabeza. Su aparato respiratorio se va modificando poco á poco, y llega á ser, en un todo, igual al de los peces.

En efecto, sus branquias, que al principio no son más que un tubérculo colocado á cada lado y en la parte posterior de la cabeza, se alargan, se dividen formando una especie de cintas flotantes. Al mismo tiempo aparece en su cuello una hendidura transversal que forma una especie de válvula membranosa. Pasados algunos días, las branquias aún se ramifican más. Pero este estado de cosas dura poco, pues esas branquias exteriores no tardan en desaparecer, siendo reemplazadas por otras interiores.

Una vez llegado á este punto de su desarrollo, el renacuajo empieza á sufrir otra serie de transformaciones.

¿Veis ese renacuajo que tiene ya las patas posteriores bastante grandes? ¿Dónde diríais que tiene las dos anteriores? ¿Creeis tal vez que carece de ellas porque no se las veis? Pues estais en un error: las tiene ya, pero ocultas bajo la piel, donde se van desarrollando, hasta que, rompiéndola, aparecen á nuestra vista como las de aquel otro renacuajo que, á pesar de tener las cuatro patas, conserva aún la cola. Esta empieza á disminuir de tamaño; se va *atrofiando*, como diríamos si hablásemos en lenguaje científico; acaba por desaparecer del todo, y el renacuajo queda transformado en rana.

Todas estas metamorfosis pueden irse siguiendo con la vista; pero hay otras interiores que sólo podríamos estudiar examinando el interior del renacuajo en sus diferentes estados de desarrollo.

Cuando empiezan á aparecer las patas posteriores, el renacuajo pierde la especie de pico córneo de que os he hablado ántes, y se encuentra provisto de mandíbulas. Desde este momento su régimen alimenticio cambia por completo: nuestro animal deja de ser herbívoro y se transforma en carnívoro. Al cambiar de régimen, su canal

intestinal, que era largo, delgado y en forma de espiral, se convierte en un conducto casi recto.

Durante todas estas transformaciones, los pulmones del renacuajo se han ido desarrollando, y á medida que se van haciendo más propios para llenar sus funciones, las branquias van siendo más impropias para llenar las suyas, y desaparecen desde el momento en que los pulmones están completamente desarrollados.

Desde este instante el renacuajo deja de ser exclusivamente *acuático* para transformarse en *anfíbio*; es decir, que si hasta entónces no habría podido vivir fuera del agua, desde este momento puede vivir lo mismo en ella que fuera de ella.

Todo cuanto llevo dicho acerca de las metamorfosis de la *rana*, puede aplicarse á las de su primo hermano el *sapo*, y á las de sus primos en segundo grado la *salamandra* y el *triton*; sólo que estos dos últimos conservan toda su vida la cola, así como los dos primeros la pierden al llegar á su completo desarrollo.

Y no entro en más particularidades sobre esta familia, que forma el eslabon intermediario entre los peces y los reptiles, por miedo de pareceros pesado, y por la seguridad de que no nos ha de faltar ocasion de tratar, más adelante, de algun otro de sus individuos.

CELSE GOMIS.

EL PASTOR Y SU REBAÑO.

Apénas aparece por Oriente
La temblorosa luz de la mañana,
Cuando por la alta cima se dibuja
Como cinta de plata,
Y á su tibio fulgor, el negro manto
De la noche se rasga;
Cuando ya palidecen las estrellas
De mirar á la aurora avergonzadas;
Cuando se abren las flores, y las aves
Al nuevo día cantan;
Cuando aromas y trinos lleva el viento
De una en otra montaña
Para anunciar el día que amanece
Y la noche que acaba...
Un niño, un pastoreito de seis años,
Abre tambien sus ojos con el alba,
Y con traje de pieles mal sujeto
Y el zurrón á la espalda,
Sale á llevar al monte su rebaño
Que impaciente le aguarda,

Y, á una seña del niño, por la puerta
Del redil le acompaña.
Ya libres por el campo los corderos
En alegre manada,
Unos tras otros corren y se agrupan
Siempre en torno del niño que les guarda.
Libres están; pudiera á otros lugares
Escapar una oveja descarriada
Sin que el niño pastor, en su carrera
Detenerla lograra;
Mas no es así; cuando el rebaño unido
Que en libertad se ve, sabe apreciarla,
Para hacerle seguir la buena senda
Un débil niño basta.

—
Dichosos son los padres cuyos hijos
Nunca la senda del deber traspasan,
Y al paternal consejo siempre atentos
Su autoridad acatan.

RICARDO SEPÚLVEDA.

MANOLIN.

Manuel se ha examinado,
Y aunque ignora la nota que ha sacado,
Segun dice á las gentes
De seguro que no es sobresaliente.
Le vende el mal humor que le domina,
Que no puede ocultar, aunque quisiera,
Y que le hace hablar solo, y que le inclina
A pensar y decir de esta manera:

—¡Tribunal más curioso
Ni más impertinente!...
¡Qué preguntar tan necio y tan ocioso!
¡Y quiere le contesten de repente!...
—«Diga usted la teoria
De la luz... Pruebe usted este teorema.
¿Qué es trigonometría?
¿Qué es un epifonema?»
¡Que estudien como yo, si saber quieren,
Y no me desesperen!
¡Pero calle! ¡aquí un gato desafía
Mi justa indignacion!... Que no me vea
Y pruebe su espinazo mi correa:



Salió pitando como yo temía.
Corra y grite en buen hora;
Busque á la Sociedad que es protectora

De plantas y animales,
Y que es muy eficaz en casos tales.
Es hasta vergonzoso, á lo que pienso,
Que duerma Micifuz indiferente
Estando yo suspenso.
Quedamos, pues, en que inmediatamente
Me pondré á repasar, ya que es preciso,
Si no miente la fama,
Contestar las preguntas del programa.
Tengo noventa días por delante,
Que bien aprovechados
Pueden hacer que sepa lo bastante
De las mil tonterías
Que nos quieren meter en la cabeza.
En esto un pobre perro le tropieza,
Y Manuel, que es á veces muy severo,
En castigo le tira su sombrero.



El perro, á quien el trato no le choca,
Huye de allí, llevándose en la boca
La prenda del castigo.
Y Manolito, que es mal enemigo,
Su sombrero rescata al fin y al cabo.
Nueva venganza idea,



Y al atrevido can pone en el rabo
Sus libros aún atados con correa.
Huye el perro perdiéndose de vista,
Y á muy poco Manuel pierde su pista.



Pasa un simon y monta en la trasera,



Que el riesgo no le asusta;
Lo observa el conductor, blande la fusta,
Y huyendo Manolin, salta á la acera;
Pero de aquel arranque furibundo,
Venganza ha de tomar ruda y sangrienta.
¿Para qué existen piedras en el mundo
Sino para borrar tamaña afrenta?
Pero Manuel, que nunca al escarmiento
Dió en el pecho cabida,
Busca otro peligroso experimento:
Ve á un caballo y le tira de la brida,
Le pisa á un fosforero
Su comercio inflamable;
Finge enredar sus piernas en el sable
Que arrastra un coracero;
Pide lumbre á un pacífico vecino,
Y hace con su tardar que pierda el tino.
Descorre la cortina de una tienda:
Y á sus hazañas para dar remate,
Realiza la diablura más tremenda
De tan esclarecido botarate.
A un aguador que descuidado pillá
Le echa la zancadilla;
Y el astur, que marchaba sin recelo,
Tiembla, vacila y mide al fin el suelo.



Pero ¡ah! que vela la justicia humana;
Acude en el momento,

Y para que le sirva de escarmiento,
Lleva á la prevencion al tarambana.



Allí Manuel, sin luz, cama, ni cena,
Tiempo tendrá de meditar que es justo
El rigor de la ley que le condena;
Pensará de sus padres en el susto,
Y acaso arrepentido
De todos sus errores,
Recobre al fin el tiempo que ha perdido;
Compita al estudiar con los mejores;
Y la nota de que han de hablar las gentes,
Borre luégo con diez sobresalientes.

Allí sabrá Manuel que es peligroso
Comprometer el público reposo;
Lanzarse por las calles de aventuras,
Y hacer las travesuras
Que en esta relacion le referido
De muchacho tan malo y atrevido.
Allí meditará, pues tiempo tiene,
Que si oportunamente no detiene
El paso en su carrera,
La justicia severa
Que vigila en Madrid constantemente,
Lleva á la prevencion al delincuente.

O. y B.

EN LA AURORA DE LA VIDA.

Por los valles más frondosos
Que encantos al alma ofrecen,
Corriendo van afanosos
Muchos niños, tan hermosos,
Que del cielo me parecen.

Y suspenden su carrera
Al ver que en una pradera,
Del alto monte vecina,
Brotó suave y placentera
Una fuente cristalina.

—«¡Llegad!»—les dice un anciano
Que junto á la fuente mora,—
«Bebed, y no será en vano;
Que el manantial es muy sano
Y el agua consoladora.»

—Si apaga la sed ardiente.....

—Y ella dá luz á la mente

Y fuerzas al corazón.

—¿Cómo se llama la fuente?

—La fuente de la razón.

Que pronto á la edad llegásteis

En que os la brinda el destino;
Y es que el paso acelerásteis,
Porque entre flores hallásteis
Fácil y hermoso el camino.

Todos corren, no es extraño;
Que van, de engaño en engaño,
Tras una gloria mentida
Con que sueñan, por su daño,
En la aurora de la vida.

Y así de la bella infancia
Van olvidando hasta el nombre,
Y aún en su loca inconstancia,
Les enoja la distancia
Que existe del niño al hombre.

—¿Tenemos mucho que andar
Para poder penetrar

En los misterios del mundo?

—Si al fin habéis de llegar,

Cese vuestro afán profundo.

Y ¿no veis con pesadumbre
El monte que el valle cierra?

¡Que la ilusión no os deslumbre;
Que á trasponer vais la cumbre
Con mil pasiones en guerra!
Siempre abrasa en la subida
El sol de la juventud;
Cuidad de no ver perdida,
Con vuestra ilusión querida,
La senda de la virtud.

Y andad, niños, que ya os dejo,
Aunque el alma bien lo siente:

Nunca olvideis el consejo
Que os ha dado el pobre viejo
Que hallásteis junto á la fuente.»

Y allá van, en su conciencia
Oyendo la voz sentida
Con que advierte á su inocencia
La bienhechora experiencia
En la aurora de la vida.

EDUARDO BUSTILLO.

LA NUBE BLANCA.

A mi querida amiguita Amelia.

¿Qué nube se ha formado en tu frente? Vamos, dimelo: ¿qué es lo que así te contraría? ¿Estás disgustada porque aún no han traído el lindo sombrerito que debías estrenar esta tarde? La modista es una inhumana, que no tiene piedad de tí. ¡Pobre Amelia! ¿Qué desgracia tan grande y qué modista tan infame, que de ese modo se burla de tus más vehementes deseos! Pero quiero disipar esa tempestad que se mece sobre tu pura y blanca frente: quiero distraerte. Bajemos al jardín. ¿Qué hermoso está! ¿Qué fragancia despiden las variadas flores que lo adornan! ¿Qué bien sueñan en nuestros oídos los armoniosos trinos de los pajarillos, y cómo nos acaricia la dulce brisa que agita las hojas de los árboles! También juguetea con tus rubios cabellos; ella refrescará tu frente. Ya no piensas en el sombrerito, y corres

por las anchas calles, cogiendo al paso mariposas y flores. ¿Por qué te has detenido? ¿Qué es lo que señala tu mano? Es una caprichosa nubecilla blanca que parece mecerse sobre el azulado cielo. ¿Qué forma tan rara va tomando! Ahora se ensancha, y su blanco de nieve se torna en un feo plumizo, que mancha el puro color del firmamento. También tu frente estaba manchada por aquella horrible arruga. Pero ¡cómo ha crecido la nube! lo que alcanza nuestra vista se ha convertido en un negro borron que nos oculta el cielo por completo. ¿Por qué te estremeces y haces la señal de la cruz? Es un relámpago que ha cruzado por el espacio: ahora retumba el trueno. ¿Qué viento tan frío! Volvamos á casa; detras de los cristales podremos seguir el curso de la nube.

¡Pobres flores! ¡Cuán duramente

las maltrata el furioso huracan que se ha desencadenado! Las copas de los árboles parece que tocan en el suelo; ahora se tronchan sus más frondosas ramas, y son arrastradas por el viento, envueltas entre la arena del jardín. ¡Qué horror! El techo de aquella miserable choza se ha desplomado por completo. Cuando sus pobres moradores vuelvan de su trabajo, se encontrarán con que esta noche no tienen asilo.

¡Qué traidora ha sido la nubecilla blanca que ha llamado tu atencion! Hé ahí en lo que se ha convertido.

Tambien era blanca la que hace poco cruzó por tu frente; blanca, porque era motivada por un inocente capricho; pero oye, niña mia, no la dejes que vuelva á aparecer, ni la dejes que crezca, pues ya has visto en lo que vienen á parar las nubecillas blancas.

MARÍA.

EL ESPEJO DEL VICIO.

Fué cuando niño Raimundo,
Entre zorro y haragan,
El niño más holgazan
Que se ha visto en este mundo.

Sin temor á cosa alguna
Y educado entre los pillos,
Se aficionó á los novillos
Y se consagró á la tuna.

Y á falta de las lecciones
Y de los libros del aula,
El corazon de aquel maula
Se fué hinchando de pasiones.

Creció Raimundo, y llegó
A esa edad, en que parece
Que se fija y fortalece
La conciencia: ¿y qué pasó?

Que al sentir su sangre moza
Por las venas circular,
Nadie le quiso tratar,
Ni nadie con él se roza.

Y en su aislamiento crúel,
Aburrido y despechado,
Sienta plaza de soldado,

Y se alista en un cuartel.

Mas como el pobre Raimundo
Es un topo de primera,
No pudo llegar siquiera
A ser... un cabo segundo.

Cansado ya del fusil
Se declara en desercion...
Aquí acaba la funcion:

¡Lo mató un guardia civil!

Que en esto suele parar
El término de la vida
De esa juventud perdida
Que no se quiere educar.

Pues dice con mucho juicio
Una antigua moraleja:
Portillo que el maestro deja
Lo viene á cerrar el vicio.

El desdichado Raimundo
Es un ejemplo elocuente
Del premio que al indolente
Se le reserva en el mundo.

M. ZAPATA.

RECUERDOS DE DOS SIGLOS.

A la sombra de una vieja encina habia mandado edificar su quinta un titulo de Castilla. Protegida por las robustas ramas del árbol de los rayos del sol, y gozándose en ella de la frescura del ambiente que movia el espeso follaje del árbol, la casa era un lugar delicioso para el recreo de sus dueños, que disfrutaban al propio tiempo de la tranquilidad y sosiego de aquellos sitios, apartados de la poblacion.

Los propietarios de la finca, ya ancianos, tenian un hijo, á quien amaban con delirio, y en quien habian declinado toda su autoridad y poder.

Las comodidades de su casa aburrían soberanamente á dicho jóven, y un dia, que se iba haciendo para él muy enojoso, quiso distraerse contemplando el cielo; pero al ir á poner por obra su deseo, no encontró en toda la casa ventana ni balcon que no tuviese el verde y frondoso cortinaje de las ramas de la encina.

Exasperado su carácter irritable con esta contrariedad, y no encontrando cosa en qué desahogar su cólera, ocurriósele la idea de mandar destruir el hermoso vegetal, que tantos beneficios dispensaba á su casa. Dió, pues, órdenes terminantes de cortar el árbol, y con

esta determinacion quedó tranquilo y satisfecho.

Pero pasado el arrebató del primer momento, le remordió su conciencia, aunque no le movió á levantar la sentencia de muerte.

Por la noche, cuando entregó su cuerpo al reposo, el jóven Emilio tuvo un sueño agitado y lleno de inquietudes.

En él vió que sus órdenes se cumplieran, cayendo la encina á los rudos golpes del hacha de los criados; y al ser hendido el tronco, el jóven, que presenciaba apesadumbrado la obra destructora, descubrió en él un manuscrito, cuyos caracteres fantásticos, trazados por su acalorada imaginacion, excitaban poderosamente su interes.

Devoró el manuscrito en medio de la mayor impaciencia, y al concluir la lectura sus ojos estaban arrasados por el llanto.

No podemos resistir el deseo de dar á conocer la curiosa interpretacion del manuscrito, que era la siguiente:

«En el año 1346 no contaba yo con que mi existencia se prolongara por muchos dias. Hermosa bellota que habia crecido en una encina de los dominios del poderoso conde de N., sólo una casualidad podria librarme de ir á perecer en-

tre los dientes de algun animal de los que vagaban por el monte, ó perdida para siempre entre la maleza.

Columpiábame una tarde pendiente de una rama, cuando sentí que desprendida por una ráfaga de viento, caía rodando por el suelo entre muchas otras que habian estado conmigo en el árbol.

Paseábase á esta sazón cerca del sitio donde yo caí, un hijo del conde, á quien llevaba de la mano su nodriza. El niño iba recogiendo del suelo cuanto llamaba su atencion y lo depositaba en una linda canastilla que llevaba el ama. Yo fui recogida del suelo con otras bellotas y me metieron en la cestita.

En ella pasé mucho rato en medio de una gran oscuridad. Sacáronme por fin de allí y me encontré en un espacioso salon iluminado por opacas luces, pero decorado espléndidamente.

Reinaba la alegría en aquella casa entre cuyos dueños me encontraba á la hora de la cena. Las conversaciones eran muy animadas alrededor de una extensa mesa, en la cual ya sólo se veían los postres. Gran número de sirvientes iban y venían por el salon.

La nodriza y el niño disputaban con gran calor. Caprichoso éste, habíasele antojado comer bellotas; y prudente aquélla, no quería permitirselo.

El niño rogaba y lloraba para que no le privasen de su antojo; y viendo la nodriza su empeño, le dijo con intencion de distraerle:

—¿Quiéres que tengamos muchas bellotas como esa que guardas en la mano?

—Sí, sí,—dijo el niño interrumpiendo su llanto.

—Pues para eso es preciso sembrar éstas y verás cómo nace un árbol que se llenará de bellotas. Los dos cuidaremos el arbolito, y cuando dé el fruto, yo te subiré en mis brazos y tú mismo cogerás las que más te gusten.

—Buéno, ama; ¿cuándo vamos á sembrarlas?

—Mañana en cuanto te levantes.

Tranquilizóse el niño y se quedó dormido, acariciando la idea de tener un árbol muy bonito y poder pronto comer muchas bellotas.

A la mañana siguiente fui sembrada con las demas bellotas que se habian recogido, y concluidas las operaciones de la siembra, costó gran trabajo retirar al niño de aquel sitio, porque se habia empeñado en verme ércer.

Desde aquel día recibí la visita de mis dos protectores, y escuchaba las promesas que la nodriza hacia al niño de mi pronto crecimiento.

Fuí de entre todas mis compañeras la única que prendió. Eran de ver los cuidados que me prodigaban, como si se tratase de una

planta para el adorno de la Castellana. Sin ellos yo hubiera crecido, pues en el monte crecen mis compañeras, como es sabido, sin que nadie cuide de ellas; pero á mí me agradaba mucho ser objeto de las atenciones de unos seres á quienes amaba.

El niño creció, y á los diez y seis años entró al servicio del rey Don Pedro I de Castilla, de triste memoria, cuando yo era un endeble arbolillo que me doblaba con el más ligero viento.

(Se concluirá.)

LUIS PEREZ RUBIN.

EL HIJO.

SONETO DE LUIZ GUIMARAES (1).

La vida de él, constante carcajada:
Ella en llorar la vida consumia,
Y al par que trabajando se moria,
De él era una taberna la morada.
En la pobre mujer abandonada
Nadie advirtió momento de alegría,

(1) Del libro Sonetos e Rimas, publicado en Roma recientemente por el notable poeta brasileño Luiz Guimaraes.

Ni del hombre en la faz ruda y sombría
Jamás se vió una lágrima posada.
Mas Dios, que un redentor al mundo diera,
Cual limosna de amor y de ventura
Les hizo padres de un hermoso niño:
La mujer sonrió por vez primera;
Y besando á la tierna criatura,
Él vertió el primer llanto de cariño.

Traducción de M. OSSORIO Y BERNARD.

ACTUALIDADES.

La escuela de párvulos creada y dirigida en Estella por las hermanas de Santa Ana, maestras con título, está dando magníficos resultados en aquella localidad.

Sus asiduos trabajos, sus continuos desvelos, el método introducido en la enseñanza, todo lo que, en una palabra, despierta la inteligencia del niño, abriéndole el vasto campo de la ilustración, enseñándole á vislumbrar los anchos horizontes de la ciencia y preparándole para recorrer su camino, es practicado por aquéllas hermanas con fe, con precisión y entusiasmo, dignos de los mayores elogios.

En el Hospicio provincial de Zaragoza, se han celebrado brillantes exámenes de

los niños y niñas asilados en el establecimiento. El numeroso público que concurrió á dichos exámenes salió altamente satisfecho del buen régimen de la casa y de los adelantos de los que la habitan.

Leemos en un periódico de Santander:

«Ayer, en la Rinconada, un carbonero dió tan fuerte palo á su burro, que el pobre animal cayó muerto cual si le hubiera herido un rayo.

El carbonero, viendo lo que habia hecho, y que el palo aquel le habia privado de un ayuda tan necesaria á su oficio, rompió á llorar con tanta gana que daba compasión el verle.

Cuando se castiga tan bárbaramente á

los animales, no se puede esperar otra cosa que la muerte de éstos, por más que despues se llore su pérdida como la lloraba el carbonero.»

A evitar estos sucesos tiende la activa propaganda de las Sociedades protectoras, que tanto arraigo empiezan á tener entre nosotros.

S. M. la Reina, acompañada de los señores Director de Instrucción pública y del Alcalde de Madrid, estuvo el día 21 en la escuela Froebel, inspeccionando el estado del establecimiento y los adelantos que consiguen en su educación los discípulos que asisten á los Jardines de la Infancia. S. M. la Reina quedó muy complacida, y así lo manifestó al celoso director de la escuela D. Eugenio Bartolomé de Mingo, y á las profesoras Sras. Manchon, Feltre, García del Real y García Obispo.

Con el presente número repartimos el prospecto de *Las Novedades*, nueva enciclopedia de novelas, viajes, costumbres, inventos, causas célebres, etc., que desde este mes publicará el distinguido escritor

D. C. Serrano Magdalena. La nueva revista nos parece muy recomendable.

Continúa tan concurrido como de costumbre el divertido teatro Guignol, por un numeroso público infantil, y su activa empresa se ha visto en la precision de aumentar, no sólo el número de comedias de su repertorio, sino tambien su elegante vestuario y atrezzo. Las importantes reformas que en dicho teatrillo se han llevado á cabo, y los chistes que sin cesar se oyen en las obras representadas, justifican el favor del público.

A la mayor brevedad se pondrán en escena las comedias de gran espectáculo *Una hada protectora*, para cuya representacion se han pintado dos nuevas decoraciones y hecho otros gastos; *Lo que pasó á D. Cirilo*, *La isla de Cuchufleta*, *El Rey Solfeo* (continuacion de la muy aplaudida *Princesa Chispas*), y *Un viaje directo*.

Deseamos á la empresa todo género de prosperidades.

Aplazamos para el próximo número, por falta de espacio, la publicacion de varios interesantes juegos de imaginacion.



—A los piés de uzte, Panchita.
—Felises tardes, Domingo.
—¿Con que vamos á ser libres?
—De Madri me lo han escrito.
—Y en cuanto libres seamos
Podremos tambien ser ricos.
—Y acaso blancos, muy blancos.

—Saldremos mañana mismo,
Y á Madrid, porque es la tierra
En que abunda lo bonito.
—Y allí ¿dónde viviremos?
—¿Quién pregunta eso, Domingo?...
En la calle de los Negros
Está nuestro domicilio.